

Francisco Romero

# Puto teatro

Baobab Teatro

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidas la reprografía y tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella, mediante alquiler o préstamo públicos.

© 2009 Francisco Romero

Baobab Ediciones

San Francisco, 67. 13270 ALMAGRO

Tfno: 629915273

[www.ebaobab.com](http://www.ebaobab.com)

[pacoromero@ebaobab.com](mailto:pacoromero@ebaobab.com)

La obra se desarrolla en la actualidad y se puede representar con el escenario casi vacío. No es necesario ningún elemento escénico.

## **PERSONAJES:**

MARIO. Productor.

PEDRO. Director.

## PRIMERA ESCENA

Entra Mario, está hablando por teléfono.

MARIO. Lo siento, en verdad que lo siento... Sí, ya sé que un contrato firmado hay que respetarlo. Yo siempre lo he hecho, pero tú conoces muy bien cómo funciona este negocio, y cuando no hay dinero todo se acaba... No disponemos de financiación para seguir adelante y la historia se ha terminado... Si nos quieres llevar a juicio, hazlo, estás en tu derecho, pero ya sabes que en este mundo no están muy bien vistos los que recurren a la justicia... Las noticias vuelan y nadie quiere contratar a profesionales que causen problemas... Por supuesto que tendré en cuenta el gran esfuerzo que estás haciendo. Claro que voy a hacer todo lo posible para pagarlo todo... (Entra Pedro.) Te prometo que seréis de los primeros en cobrar, y muchas gracias por la cesta de Navidad. Ha sido un bonito detalle. (Apaga el teléfono.) En el año dos mil cincuenta y cuatro es posible que pueda pagarlo todo.

PEDRO. Siempre llorando. Eso es lo que tenéis en común todos los productores: la facilidad para secaros las lágrimas con una mano mientras sujetáis el cuchi-

llo con la otra a la espera de clavarlo en la espalda del primer desgraciado que se cruce en vuestro camino.

MARIO. Puede que se deba a que hay muchos tipejos empeñados en hacernos llorar con sus caprichos y estupideces, y que, además, se empeñan en llamar arte a todo lo que segrega su cuerpo.

PEDRO. Yo lo llamo teatro.

MARIO. Y yo ruina.

PEDRO. Nunca te he visto mendigando en la calle desde que eres productor.

MARIO. Y te puedo asegurar que no me vas a ver, aunque esta vez ha faltado poco. Casi lo consigues.

PEDRO. Vuelves a llorar.

MARIO. Sí, lloro mientras imagino que tú estarás muy tranquilo. Con la conciencia limpia, como siempre.

PEDRO. He hecho lo que consideraba mejor para que funcionara.

MARIO. Y estarás muy orgulloso.

PEDRO. No, no estoy orgulloso.

MARIO. Yo tampoco.

PEDRO. Pero, al menos, no tengo que lamentar mis decisiones.

MARIO. (Molesto.) ¿Y yo sí? ¿Yo sí tengo que arrepentirme?

PEDRO. Tú sabrás.

MARIO. Sí, ahora que lo dices, tienes razón. Me arrepiento de no hacerlo antes, de no pararte los pies cuando sentí la patada en los huevos, porque a los productores no nos dan punzadas en el corazón como a los que os llamáis artistas, nosotros sentimos patadas en los huevos cuando vemos el peligro, cientos de patadas.

PEDRO. ¿Y por qué sigues en esto si tanto te duele?

MARIO. Te aseguro que no soy un filántropo, ni tengo vena masoquista.

PEDRO. En eso te creo, no hace falta que lo jures.

MARIO. Sigo porque aquí hay dinero, mucho dinero, y no quiero perder mi parte a manos de cualquier capullo que se cruce en mi camino. Llevo muchos años en este negocio para abandonar cuando he comprendido cómo funciona el tinglado y me he hecho con las herramientas necesarias para abrir la caja fuerte que guarda.

PEDRO. Siempre con la misma historia.

MARIO. La única que funciona.

PEDRO. Ya te la he oído otras veces, demasiadas, y siempre te he dicho que estás equivocado. Si quieres encontrar un tesoro te has equivocado de lugar. Vete a la tele.

MARIO. No, está aquí, en los escenarios.

PEDRO. Formar parte del teatro con esa única pretensión me causa vergüenza.

MARIO. Fantástico, la vergüenza del gran director Pedro Abad está en peligro. ¿Acaso podría haber algo más importante que los sentimientos de un director humillado?

PEDRO. Comprendo que estés dolido.

MARIO. No, no lo comprendes. A ti te importa un carajo cómo me sienta. Nunca te ha preocupado lo que no te afecta directamente. A veces pienso que disfrutas especialmente haciéndome daño.

PEDRO. Sabes muy bien que eso no es cierto.

MARIO. No, no sé nada. A mí no me preocupa lo que sea cierto o mentira. En este ámbito eso no cuenta. Hay mucha hipocresía.

PEDRO. En eso somos diferentes. Pienso justo lo contrario, creo que es lo principal. El teatro debe estar al servicio de la verdad.

MARIO. ¿Qué verdad?

PEDRO. La que enriquece a los hombres, la que otorga sentido y coherencia a sus decisiones, la que le permite albergar alguna esperanza.

MARIO. Hermosas palabras, las mismas de siempre. Vacías... Tu dignidad profesional se ha salvado, has realizado el montaje como te ha dado la gana. Te he concedido todos los caprichos, y aquí tienes los re-

sultados.

PEDRO. Dime tú cuáles han sido.

MARIO. Dos semanas de dignidad a cambio de muchos miles de euros perdidos. Un precio demasiado alto por una seriedad más que cuestionable.

PEDRO. El fin de todo montaje es el mismo, antes o después llegará la última función, y la obra siempre se cerrará con la impresión de que todo podría haber ido mejor.

MARIO. En este caso se cierra con la certeza de que nada podría haber sido peor.

PEDRO. Siempre hay algo peor.

MARIO. ¿Seguro?

PEDRO. Peor es quedarte a mitad de camino, no llegar al día del estreno porque alguien te ha dejado tirado, porque no encuentras una sala donde mostrar el trabajo o porque lo que se ha montado resulta aborrecible. Peor es no mantener la integridad como persona y dejarte avasallar por imposiciones ajenas a cambio de dinero.

MARIO. ¡Qué poco original! Creía que ibas a incluir algo más con tu brillante imaginación de artista.

PEDRO. ¿Qué más?

MARIO. Pensaba que ibas a decir que es mucho peor que te abandone la mujer a la que amas y se vaya con tu mejor amigo.

PEDRO. (Muy tenso.) Yo sólo hablaba de trabajo, de teatro. No es necesario llevarlo todo a las relaciones personales y hurgar en el pasado.

MARIO. Cierto, ya somos adultos para enfrentarnos a nuestros conflictos sentimentales sin rencor.

PEDRO. Sobre todo a los que ya quedaron superados... ¿O no?

Se quedan mirando en silencio antes de continuar.

MARIO. Limitémonos al trabajo. Me parece que todo lo que has contado es una bendición comparado con lo ocurrido. Nada de lo que has dicho provoca la quiebra como tener que dejar un montaje tirado después de dos semanas, habiendo firmado un contrato por dos meses a todo el personal.

PEDRO. Deberíamos haber continuado. Estábamos empezando a recuperar.

MARIO. Se nota que no has mirado las hojas de taquilla y las has comparado con el coste de cada función. Es muy sencillo, sólo hay que restar.

PEDRO. No lo he hecho, ese es tu trabajo.

MARIO. Cierto, y por eso he tomado la decisión. Me jode perder dinero cada día que se abre la sala.

PEDRO. Creo que tan solo me cabe añadir: Bienvenido al mundo del puto teatro, Mario, donde el riesgo del fracaso siempre está presente porque se trata de algo vivo y con alma. Ya sé que esto le suena a chino a un productor que quiere obtener beneficios, pero el teatro siempre ha funcionado así. Es su grandeza y miseria, nunca se sabe lo que puede funcionar porque el arte es imprevisible.

MARIO. Conmover, de ser debutante hubiera llorado con tus palabras. Pero soy veterano y lamento decirte que ese teatro del que hablas está muerto hace muchos años, y enterrado. Te has quedado en la prehistoria, cuando había ingenuos, o románticos, que pen-

saban que el teatro podía cambiar el mundo con sus mensajes revolucionarios.

PEDRO. Y ayuda a hacerlo.

MARIO. ¿Todavía lo crees?

PEDRO. Por eso sigo haciendo teatro.

MARIO. No sueles decir lo mismo cuando repasas la cartelera y hablas de la basura que la inunda.

PEDRO. Lo que hagan otros no me incumbe a la hora de crear.

MARIO. Convéncete de una puta vez de que no estamos aquí para engrandecer al teatro ni para honrar su gloriosa leyenda con una obra maestra. Los genios ya están criando malvas.

PEDRO. Y yo que pensaba...

MARIO. (Cortándole.) Mejor que no pienses... Seamos serios. Lo que nos importa es lo que podamos obtener de él para enriquecernos en poco tiempo, que es lo que se plantean los que medran a sus anchas por sus entresijos, y se lo llevan crudo mientras los supuestos artistas se dedican a perder el tiempo pensan-

do a lo grande.

PEDRO. Eso no me interesa.

MARIO. A ti nada te interesa, pero a mí sí que me importa. En este negocio se mueven muchos millones, más de los que imaginas, y yo no quiero ser de los que los pierdan. Tú tienes talento, no niego que sabes dirigir, pero has canalizado muy mal tus cualidades.

PEDRO. De la única manera que puedo hacerlo.

MARIO. ¡Maldita sea, eres un cabrón que se empeña en acaparar la verdad! Admite de una puta vez que puedes estar equivocado.

PEDRO. Es posible, nunca lo he negado.

MARIO. Entonces prepárate a jugar con unas reglas diferentes.

PEDRO. ¿Qué reglas?

MARIO. Las del negocio, la del teatro al servicio de la masa y del que paga, la de dame a mí el dinero que te sobra para que yo hable bien de ti y tengas una buena imagen que genere más dinero.

PEDRO. Todo eso es basura.

MARIO. ¡Bendita basura! Al menos sirve para fertilizar los campos y sacar mejores cosechas. Yo sólo quiero hacer la cosecha del siglo, y lo más importante es que ya sé cómo conseguirlo.

PEDRO. Siempre has presumido de saberlo.

MARIO. Admito que me equivoqué. Me creía más listo de lo que era, pero he tenido tiempo para aprender de mis errores y ya no existen justificaciones. He estado haciendo el gilipollas mientras tú defendías una supuesta ética que no sirve para nada.

PEDRO. (Irónico.) Eso debe ser sabiduría.

MARIO. No, no lo es. Eso se llama no me toques los cojones.

PEDRO. Bonito nombre.

MARIO. Ya ha llegado el momento de que traslades tus falsas creencias y tu talento a unos terrenos más fértiles. Los que permitan que yo rinda culto a mi ética y a la de la sociedad que nos rodea... El dinero está aquí, a nuestro lado, en grandes cantidades. Ma-

ricón el último en cogerlo.

PEDRO. Si estás tan seguro de que ese es el camino, puede que haya llegado el momento de que separemos nuestras carreras.

MARIO. No, Pedro, eso sería un acto de cobardía por tu parte, además de que me lo debes y me lo vas a pagar, porque de lo contrario sí que te quedarías en la miseria; y la ética, la dignidad y todas las palabras importantes que quieras utilizar, sin nada que comer, están vacías de cualquier contenido.

PEDRO. No creo deberte nada. Empezamos juntos y siempre quedó claro que algún día seguiríamos caminos independientes.

MARIO. También quedó muy claro que no nos traicionaríamos, que jugaríamos limpio y que haríamos lo posible por ayudarnos mutuamente, y tienes que reconocer que no siempre ha sido así.

PEDRO. No vuelvas a remover...

MARIO. Durante estos años me he preocupado de poner en tus manos lo que necesitabas para dirigir en las mejores condiciones.

PEDRO. Y tienes que reconocer que en bastantes ocasiones ha ido bien.

MARIO. En círculos muy reducidos, donde no trasciende lo que se hace.

PEDRO. Por falta de medios y promoción.

MARIO. Por lo que sea. Hasta ahora, a pesar de ser coproductor, no has tenido que asumir ninguna responsabilidad económica cuando algo ha ido mal.

PEDRO. Eso es cierto, lo reconozco.

MARIO. Entonces deberías recordar tus palabras. Dijiste que al menos una vez lo intentaríamos a mi manera, aplicando mi método.

PEDRO. En estos años he dicho demasiadas cosas.

MARIO. Lo he invertido todo en ti y me quieres dejar tirado...

PEDRO. No se trata de eso.

MARIO. Supongo que Patricia te estará coaccionando para que se rompa nuestra sociedad. Le gusta

acaparar poder.

PEDRO. Sabes muy bien que no es cierto. Yo tomo las decisiones profesionales.

MARIO. Pues ten agallas y hazme caso por una vez. No le tengas miedo al éxito ni a la manera en que llegue. Te prometo que después de este montaje te dejaré partir si lo deseas y sin condiciones.

PEDRO. ¿Y a qué estaría obligado si acepto?

MARIO. Sólo a hacer tu trabajo de dirección y poner en pie un espectáculo. Algo sencillo para ti. Tú déjame que yo elija la obra y la forma de organizarlo todo. Te aseguro que no me meteré para nada en tu labor durante los ensayos. Esta vez quiero producirla y venderla en las mejores condiciones.

PEDRO. Pero tú no tienes ni idea de teatro.

MARIO. Como el noventa y ocho por ciento de la población. Por eso me interesa hacer una obra para ellos, porque sé que vendrán.

PEDRO. No lo harán.

MARIO. Te apuesto mis huevos a que funciona.

PEDRO. Esa gente sólo va a los musicales.

MARIO. Amplia tu mirada, chico, quítate las anteojeras. Nos podemos hacer de oro y te empeñas en que nos llenemos de mierda.

PEDRO. No creo en los milagros.

MARIO. No hacen falta, es más sencillo... Tú también necesitas dinero y te ofrezco mucho, más del que puedes imaginar; con el que incluso te podrás permitir el lujo de montar uno de esos grandes textos que a nadie le importan para que lo vea ese dos por ciento marginal, entre los cuales más de la mitad nunca pasan por taquilla.

PEDRO. ¿Estás seguro de lo que dices?

MARIO. Del todo, sin margen para el error.

PEDRO. Está bien, acepto, pero con la condición de que sea la última vez que me impones un trabajo.

MARIO. Claro que te lo prometo, ya te lo he dicho antes. Es más, estoy seguro de que al terminar esta historia serás tú el que me pidas continuar por esta senda.

PEDRO. Yo que tú no me apostarías nada.

MARIO. El juego siempre es interesante.

PEDRO. Sólo cuando se puede ganar.

MARIO. No, cuando se va a ganar.

PEDRO. ¿Cuál es ese maravilloso montaje que debo dirigir?

MARIO. No tan rápido, todo a su tiempo. Te lo diré cuando lo tenga concretado, puede que en un par de días. Antes necesitaba asegurarme tu colaboración.

PEDRO. Espero no tener que lamentarlo.

MARIO. No conozco a nadie que se haya arrepentido de tener mucho dinero en la cuenta ganado limpiamente. Hasta podrás hacer ese anhelado viaje por el Caribe con nuestra querida Patricia. El que yo le prometí y que tú podrás consumir. Ve a contárselo a tu manera para quedar bien, le hará ilusión.

Pedro le mira fijamente, pero no le contesta. Se marcha. Mario coge el teléfono mientras la luz se apaga lentamente.

## SEGUNDA ESCENA

Pedro está hablando por teléfono.

PEDRO. No, no quiero impartir ese taller de teatro... Ya sé que lo pagan bien y que se trata de una semana, pero yo no valgo para la enseñanza. Carezco de paciencia para trabajar con principiantes... Claro que lo he hecho otras veces, pero por pura necesidad, y del último taller hace más de dos años... Además, tengo un proyecto entre manos que me tiene ocupado todo el tiempo... Sí, se trata de algo gordo y muy serio, pero no puedo adelantarte nada... Ya te llamaré si necesitamos actores o hacemos casting. (Apaga y hojea el periódico.)

Entra corriendo Mario.

MARIO. (Entusiasmado.) ¡Lo tengo, lo he conseguido! Dame un abrazo.

PEDRO. (Extrañado.) ¿Qué te pasa?

MARIO. Que nuestra gran oportunidad ya se ha concretado. He tenido que pelear muy duro, pero lo he logrado.

PEDRO. ¿Qué has logrado? Que quemen todos los teatros.

MARIO. No sería una mala idea, y hasta resultaría estético, pero tengo algo mejor. (Abre su cartera y saca un texto.) Tenemos los derechos para representar esta obra, el bombazo de la temporada: El quinto poder.

PEDRO. No me digas que ahora te interesan los autores y sus textos. Ten cuidado, no vayas a volverte culto. Eso causa mono y te puede volver pobre.

MARIO. ¡Déjate de idioteces! Por supuesto que no me interesan los textos, no estoy tan loco, pero en este caso la clave está en la autora. El éxito está asegurado.

PEDRO. ¿Quién es la insigne autora que con su texto te va a hacer de oro?

MARIO. Que nos va a hacer, Pedro, que nos va a hacer. Tú también estás hasta el fondo en la historia.

PEDRO. De acuerdo, ya me doy por millonario y quiero saber a quién se lo tengo que agradecer.

MARIO. A Mercedes Galván.

PEDRO. No la conozco.

MARIO. ¿En qué mundo vives? ¿Lees el periódico todos los días y no te enteras de lo esencial?

PEDRO. Últimamente me aburren las páginas culturales, parecen la voz de su amo.

MARIO. ¿Quién habla de cultura? ¿Acaso no sabes que Mercedes Galván es la ministra que tuvo que presentar su dimisión hace un mes?

PEDRO. ¿Por corrupción?

MARIO. Ella por supuesto que no. Se trata de una mujer de una pieza, pero parece ser que no se supo rodear de los mejores consejeros, y tuvo que asumir la responsabilidad por la desaparición de unos cuantos millones de euros.

PEDRO. Eso me suena de haberlo escuchado otras veces. Casi todos los altos cargos tienen muy mala fortuna con sus colaboradores. Los eligen con la mejor voluntad, y estos desalmados se aprovechan de su altruismo y amplitud de miras. Pobrecillos, que injusta

es la vida con ellos.

MARIO. En este caso es rigurosamente cierto, y ahí precisamente es donde se encuentra la baza triunfadora de esta obra.

PEDRO. ¿Es un buen texto?

MARIO. ¡Y yo qué sé! ¿Crees que puedo perder el tiempo leyendo teatro? Para mí todos los textos son igual de aburridos. La clave de esta obra está en el oportunismo político y la gran importancia social que tiene.

PEDRO. No te sigo.

MARIO. El gobierno se siente en deuda con Mercedes porque su comportamiento fue intachable, y siempre dejó al margen de cualquier sospecha a los que estaban por encima de ella.

PEDRO. ¡Qué noble!

MARIO. Y eso hay que pagarlo muy bien.

PEDRO. Ya lo entiendo. Han contratado a un negro para que le escriba una obra de teatro... Desde luego resulta un método novedoso. Yo creía que los

favores se pagaban mediante novelas. Todo alto cargo que deja su puesto en menos de seis meses tiene publicada una novela que cuenta con una gran promoción y que luce muy bien en las estanterías, aunque casi nadie se atreve a leerla.

MARIO. En este caso no hay negros, la ha escrito la propia Mercedes y la historia trata de la corrupción en el mundo de la política.

PEDRO. ¡Qué original! Supongo que se hizo ministra para documentarse bien.

MARIO. Sabes ser muy cínico cuando quieres.

PEDRO. Sólo trato de estar a tu altura.

MARIO. Quiero que la leas hoy mismo y vayas preparando todo lo que se necesita para el montaje.

PEDRO. ¿Y qué pasaría si no me gusta?

MARIO. (Serio.) Nada, no pasaría nada. Te estoy pidiendo que dirijas una obra, no que te enamores de ella.

PEDRO. Yo no dirijo lo que no me gusta.

MARIO. Habla con propiedad, Pedro, hasta ahora se supone que tú no dirigías lo que no te gustaba. Recuerda que el cuento ha cambiado, y esta obra la vas a dirigir, mejor o peor, pero lo vas a hacer.

PEDRO. Sí, ya sé que te lo prometí y me vas a hacer pagarlo.

MARIO. Por supuesto. Por lo tanto tienes dos opciones: o cambiar tus estúpidos principios, o pensar que el texto es maravilloso y tiene grandes posibilidades dramáticas, con lo cual todos estaríamos muy contentos.

PEDRO. Entonces seamos prácticos y felices.

MARIO. Eso está mejor.

PEDRO. Al menos sabrás cuantos personajes tiene la obra.

MARIO. Por supuesto, eso es lo primero que me interesa para comenzar una producción. Tiene seis en total, tres hombres y tres mujeres, todos entre treinta y cuarenta años.

PEDRO. Reconozco que al menos en eso se adap-

ta a nuestra gente. Algo es algo.

MARIO. Sobre este tema también quería hablarte.

PEDRO. ¿De verás?

MARIO. Tienes que saber que esta vez me encargo yo del casting.

PEDRO. ¿Qué dices?

MARIO. Lo que oyes.

PEDRO. Esa es labor del director.

MARIO. Sabes bien que no siempre, y en este caso no lo va a ser.

PEDRO. ¿Qué pretendes, que me baje los pantalones continuamente?

MARIO. Sólo digo que Patricia, Roberto, Teresa y Manuel puede que sean buenos actores, de los que saben decir sus textos en un escenario con emoción y sin cambiar una palabra de lo escrito, pero no los conoce nadie y no venden.

PEDRO. Son grandes actores.

MARIO. Grandísimos, líbreme Dios de cuestionarlos. Muchos años de experiencia, aunque creo que Patricia es la única que ha salido en la tele y no más de dos minutos haciendo un papel secundario en una serie de poquísima audiencia.

PEDRO. Nunca les ha interesado la televisión.

MARIO. Y supongo que eso los convierte en grandes actores.

PEDRO. Todos ellos tienen experiencia como protagonistas en prestigiosas producciones teatrales, en la Compañía Nacional, en el Centro Dramático, hasta han actuado en festivales como Avignon y Edimburgo. Parece mentira que no te des cuenta de su valía.

MARIO. Reconoce que se trata de perdedores, de gente que ha equivocado sus objetivos. Que importa que sean capaces de decir un monólogo de veinte minutos en un gran teatro si no los ve nadie.

PEDRO. Muchas veces con el teatro lleno.

MARIO. En el mejor de los casos quinientas personas, mientras un minuto de televisión lo ven millones de personas, y sin que nadie se cuestione su cate-

goría. Eso es lo que da categoría a los actores a la hora de vender.

PEDRO. Te aseguro que no pienso transigir con el tema del casting. Se trata de la clave de toda obra y tengo derecho de elegir a los mejores.

MARIO. Desde luego, se elegirán a los mejores, a los más adecuados para que permanezca mucho tiempo en cartel. Sobre eso no te quepa la menor duda, pero antes deberías leerte el texto para hablar con propiedad sobre el tema.

PEDRO. Y tú también.

MARIO. Yo no lo necesito. Sé muy bien lo que busco y me basta con conocer una sinopsis de no más de cinco líneas. Eso es todo lo que necesito saber de la historia que voy a montar.

PEDRO. Está bien, la leeré hoy mismo.

MARIO. Por ahí se empieza, y te pido que la veas con amplitud de miras, que no te limites al entorno donde siempre te has movido.

PEDRO. ¿También quieres enseñarme a leer tea-

tro?

MARIO. A leer no, a dirigir tampoco, pero sí quiero ayudarte a que tus grandes ideas lleguen a todo el mundo, incluso a los que no les agrada pensar y quieren que se lo pongan muy fácil; tanto los que van a ver teatro como los que programan y los que subvencionan.

PEDRO. Todo esto me parece aberrante.

MARIO. La realidad no tiene estética, carece de cualquier contenido artístico. Lo que se puede vender es muy bueno, y cuanto más se venda mejor. Es la ley del mercado, y nada permanece al margen.

PEDRO. Una locura.

MARIO. Suculenta locura.

PEDRO. (Cogiendo el texto.) Así que se supone que este es el texto más deseado de mi vida.

MARIO. No lo dudes ni por un instante. Mañana me hablarás de sus grandes posibilidades. Ahora tengo que marcharme a una reunión de esas que son aberrantes para los artistas, en las que se habla de

dinero y comisiones, de repartir beneficios antes de comenzar los ensayos.

PEDRO. Siempre me gustó la idea de que una obra se defiende en la taquilla.

MARIO. ¿Para qué dejar una obra de teatro en manos de algo tan volátil como la taquilla si se pueden obtener suculentos ingresos antes de estrenarla?

PEDRO. ¿Todo eso lo has descubierto de repente?

MARIO. No, eso es algo que todos los del medio conocemos, lo difícil es saber las puertas a las que hay que llamar y en que orden para que corra la pasta.

PEDRO. Hay que venderse al sistema.

MARIO. Digamos que aprovecharse de él. En los viejos tiempos, los teatreros que no tenían éxito en las salas comerciales optaban por la provocación con el fin de que la obra fuera censurada. Eso les concedía prestigio social al luchar contra el régimen.

PEDRO. Lo que cuentas no es del todo cierto.

MARIO. ¿Qué más da lo que sea cierto? Lo único que cuenta es que ahora no hay censura, y resulta

muy complicado luchar contra algo porque eso no cuenta con ninguna repercusión mediática. Es una batalla perdida de antemano.

PEDRO. Ahora existe el polo opuesto, las subvenciones, premiar a los serviles al régimen con mucho dinero para contar historias inocuas que no maltraten al espectador haciéndoles pensar que existen opciones diferentes.

MARIO. Exacto. Tienes que reconocer que ese teatro comprometido, que ya pasó su época, se trata de algo muy limitado y molesto cuando la gente solo pretende pasar un buen rato para olvidarse de sus problemas cotidianos.

PEDRO. Y eso es lo que tú quieres darle al público, la ausencia total de contenido.

MARIO. Lo que le dé al público y a la crítica personalmente me importa un huevo. Las buenas críticas siempre se pueden comprar, y el espectador me preocupa hasta el momento en el que compra la entrada. Nunca me ha interesado irme a cenar con ellos después de la función. Aunque con alguna espectadora no me importaría, de hecho ya lo he hecho en alguna

ocasión con muy buenos resultados.

PEDRO. ¿Dónde te has puesto el límite?

MARIO. ¿Por qué hay que marcar un límite? Hay que aprovecharse de la coyuntura y conocer el terreno donde se juega el partido. Siempre se ha hablado de crisis del teatro, y es real salvo para los grandes musicales o para aquellos espectáculos que no dependen de la taquilla. Este es el tercer factor en importancia para el montaje de una obra.

PEDRO. ¿Sí?

MARIO. Por supuesto. En primer lugar está la imagen de los poderes políticos, centrales o de las comunidades autónomas, da igual. Todos quieren presumir de una gran riqueza cultural, y el teatro sigue siendo un medio lo suficientemente elitista para seducirles, no tanto como la opera claro, pero hay succulentas subvenciones en juego, supuestamente para ayudar a producciones deficitarias o de importancia cultural, pero todos sabemos que eso es lo que se dice a la prensa para buscar votos. Al final siempre se las llevan los más avispados.

PEDRO. ¿Cuál es el otro factor?

MARIO. La aportación privada de ciertos empresarios que quieren estar vinculados al mundo cultural a través de fundaciones o entidades sin ánimo de lucro para mejorar su imagen social.

PEDRO. Vamos, el lavado de dinero negro.

MARIO. ¿Desde cuándo eres racista? Yo te tenía por una persona muy tolerante, sin prejuicios de color. El mundo del arte está muy necesitado de benefactores altruistas.

PEDRO. Hasta ahora nunca hemos recibido una subvención o cualquier tipo de ayuda, y mira que tuvimos que hacer papeles para solicitarlas.

MARIO. Pues comienzan a llegar sin hacer nada. Donde existe una ley existe una trampa y muchos tramposos para aprovecharse de sus lagunas. En este caso no solo vamos a cubrir el cincuenta por ciento de la producción con la subvención recibida, sino que nos va a salir gratis al haber inflado todos los números al doble.

PEDRO. Supongo que habrá que presentar factu-

ras que justifiquen lo gastado.

MARIO. Y por mucho más se pueden presentar. Conozco casos en los que se ha justificado cien mil euros en escenografía y se ha montado la obra sin nada en el escenario.

PEDRO. El metro cuadrado de espacio vacío debe estar muy caro.

MARIO. Y qué decir de los honorarios del escenógrafo. Son mucho más caros cuando quitan que cuando ponen.

PEDRO. No sé dónde nos estamos metiendo.

MARIO. Yo sí, y se trata del futuro, chico, entramos en el futuro. Llegamos al teatro global. ¿Verdad que es hermoso?

PEDRO. Vomitivo.

MARIO. Siempre me gustó tu optimismo... Y ahora, si me disculpas, tengo que marcharme. Tú tienes un texto muy importante que leer y yo mucho dinero que ganar para nosotros.

Mario se marcha.

PEDRO. Maravilloso futuro. Casa de muñecas será una obra infantil; Esperando a Godot, un musical de Disney; Segismundo estará en la corte junto a su padre y será novio de una modelo; Roberto Zucco se habrá convertido en un honesto funcionario de hacienda con intachable pasado, y Otelo, el ario, se habrá comprado un chalet en la Moraleja donde vivirá felizmente con Desdémona y tendrá un negocio de inversión en bolsa junto a su amigo Yago.

Abre el texto y comienza a leer mientras la luz se apaga lentamente.

## TERCERA ESCENA

Entran los dos juntos.

MARIO. ¿Sabes qué me dijo aquella vez el muy capullo?

PEDRO. No me interesa saberlo.

MARIO. Te lo voy a decir. Quería el sesenta por ciento de la taquilla con un mínimo garantizado de dos mil euros por día para cubrir los gastos del teatro. ¿Qué me dices?

PEDRO. Suena a robo.

MARIO. Y de los grandes. Bésame el culo le contesté, bueno no con esas palabras, porque conociendo sus gustos hubiera sido un piropo.

PEDRO. Era lo que se merecía ese cerdo.

MARIO. Y hoy el muy capullo me ha llamado para ofrecirme su teatro por el treinta y sin asegurar ningún mínimo. Yo me he hecho el sueco y le he dicho que tengo ofertas por el veinte. Seguro que esta tarde me llama para aceptar todo lo que le imponga.

PEDRO. Debes estar disfrutando mucho al sentirte poderoso.

MARIO. Por supuesto, no hay nada que me dé más placer que devolver todas las putadas que me han hecho esos cabrones. Una tras otra, sin prisa, pero nadie se salvará, ni uno de los que alguna vez me la han jugado.

PEDRO. Puede que te estés precipitando.

MARIO. Para nada. Ya lo ves, las noticias vuelan y ellos ya han olido el aroma de la pasta, y acuden como moscas buscando su parte de mierda, con la pequeña salvedad de esta vez soy yo el que reparte.

PEDRO. Y todo esto sin que aún sepas de qué trata la historia que vamos a montar. Cuando menos resulta sorprendente.

MARIO. Ese es tu trabajo. Supongo que ya habrás leído la obra y tendrás previsto cómo enfocarla.

PEDRO. Sí, la leído, dos veces, pero no tengo previsto nada.

MARIO. ¿Y eso?

PEDRO. Porque es un texto horroroso. Me da nauseas cada vez que leo un diálogo y trato de encontrarle sentido.

MARIO. Me tranquilizas, creía que era un tema importante.

PEDRO. Pero no te das cuenta de que con esa historia es imposible hacer algo digno.

MARIO. Hay un escenario, unos personajes que dicen sus diálogos y una historia que no parece muy diferente de las que tienen éxito. Seguro que algo se puede hacer, y tú eres uno de los más apropiados para hacerlo.

PEDRO. Sí, se puede, pero algo bochornoso.

MARIO. Eso es justo lo que quería oírte decir. Lo que necesitamos para iniciar la marcha triunfal.

PEDRO. Pero el texto es un aberrante plagio de Glengarry Glenn Rose de David Mamet llevado al mundo de la política.

MARIO. ¿Y ése quién es?

PEDRO. ¿No conoces a Mamet?

MARIO. Nadie me lo ha presentado.

PEDRO. Es uno de los más grandes dramaturgos actuales.

MARIO. Entonces sólo lo conocéis cuatro colgaos.

PEDRO. Aparte es guionista, director de cine y con esa obra ganó el premio Pulitzer, siendo llevada al cine por actores como Jack Lemmon, Al Pacino y Kevin Spacey. Supongo que alguno de estos te debe sonar.

MARIO. Esto se empieza a poner interesante. ¿Y tú crees que ese tipo, como se llame, puede demandar a la ex-ministra por plagio cuando se estrene la obra?

PEDRO. No creo que pierda el tiempo poniendo un pleito por una imitación tan burda.

MARIO. ¡Qué pena! Un escándalo de esas proporciones sería una excelente propaganda para la obra. El morbo se dispararía. Aunque hubiera sido mucho mejor si hubiera plagiado una obra de Tom Cruise. Ese sí que es importante y nos llevaría a las portadas de las revistas y a todas las televisiones.

PEDRO. Que yo sepa Tom Cruise no ha escrito

nada en su vida.

MARIO. Tanto más a su favor. Ese muchacho es más inteligente de lo que suponía, no pierde el tiempo escribiendo estupideces...

PEDRO. No, supongo que no.

MARIO. Así que ya que hemos comprobado que es posible montar la obra, vamos a hablar de lo esencial.

PEDRO. Ya era hora.

MARIO. Lo primero es el reparto.

PEDRO. La pareja de protagonistas tienen que ser Patricia y Roberto. Solo ellos podrían sacarle algo de partido a un texto tan pobre.

MARIO. Siempre te empeñas en mirarte en un espejo muy pequeño. Debes estar abierto a nuevas posibilidades que no supongan repetir lo anterior.

PEDRO. Quieres decir que no contamos con ellos.

MARIO. Patricia podría entrar, aunque tendría que hacer el papel de secretaria.

PEDRO. Eso es humillante, no se puede rebajar a hacer un papel tan insignificante en la historia.

MARIO. Es el único que queda libre, todos los demás están comprometidos.

PEDRO. ¿Sin contar conmigo?

MARIO. Ya te dije que en esta ocasión corría de mi cuenta porque es la clave en el éxito.

PEDRO. ¿Se puede saber a quién has elegido como protagonista?

MARIO. Te vas a quedar pasmado cuando lo sepas.

PEDRO. Marilyn Monroe ya murió.

MARIO. Mucho mejor, tenemos a Lucía Ribó.

PEDRO. ¿Y ésa quién es?

MARIO. A veces no sé en qué mundo vives. Todo el país la ama y tú no te has enterado de que Lucía Ribó ha sido la finalista de Destino a la Fama.

PEDRO. ¿Y eso la convierte en actriz?

MARIO. ¿A quién le importa eso?

PEDRO. A mí, que tendré que trabajar con ella.

MARIO. Lo principal en su caso es que a lo largo de los últimos tres meses ha estado todos los días durante más de una hora en la televisión con un share del 53 por ciento de media.

PEDRO. Espectacular currículum.

MARIO. Es más conocida que el mismísimo presidente, y bastante más popular. Es perfecta para el papel, y la gente se pegará por verla en directo sobre el escenario.

PEDRO. ¿Qué edad tiene?

MARIO. Diecinueve años.

PEDRO. Supongo que sí es perfecta para representar los treinta años de la protagonista.

MARIO. No seas quisquilloso, ¿desde cuándo ha importado eso en el teatro?

PEDRO. Llevas razón, hasta es frecuente que Edipo sea mayor que Yocasta. Pero me temo que esa chica

no tendrá ni idea de teatro.

MARIO. Para eso estás tú en esta historia, para enseñarla a moverse por el escenario y que no olvide las frases. Es lo único que te pido, y no creo que se trate de un trabajo muy duro.

PEDRO. Es humillante para mí y para sus compañeros de reparto.

MARIO. Con lo que vas a cobrar por los tres meses iniciales que hemos firmado, más los cien bolos que hay previstos en la primera gira, se te olvidará cualquier humillación.

PEDRO. Eso es venderme muy barato.

MARIO. Yo no llamaría barato a los más de cien mil euros limpios que te puedes llevar por la cara a cambio de unas clases de interpretación, aparte del diez por ciento de los beneficios netos. Más de un director de gran prestigio se mataría por la mitad.

PEDRO. Supongo que también habrás contratado al protagonista.

MARIO. Por supuesto, tenemos al mejor posible,

ni más ni menos que Jaíro Cárdenas.

PEDRO. ¿De dónde sale ése?

MARIO. Es el nuevo amante caribeño de la gran Irene Puerto, el mayor vendedor de exclusivas en las revistas del corazón durante los últimos años. Además, también ha sido amante de Dafne Sorel, Magdalena Fierro y Charo Moral en los últimos meses. Un auténtico filón de cara a la promoción.

PEDRO. No he leído en el texto que haya un papel para un semental.

MARIO. No te vuelvas quisquilloso. Ese tipo es una garantía para estar las veinticuatro horas del día en el candelero.

PEDRO. ¿Y en qué importante zoológico has conseguido al resto del reparto?

MARIO. La excesiva ironía te puede volver muy pesado.

PEDRO. No, esta vez no se trata de ironía, sino de auténtica cólera que estoy obligado a controlar para no cometer una barbaridad que luego tendría que la-

mentar en la cárcel.

MARIO. No tendrás nada que lamentar porque los protagonistas estarán arropados nada menos que por Alvaro Galcerán, uno de los intérpretes de la serie Conflicto en las aulas.

PEDRO. Una serie mítica.

MARIO. Con él completamos el trío de estrellas que provocará una auténtica revolución en la taquilla y entre los programadores.

PEDRO. Todavía faltan tres.

MARIO. Para completar el elenco contamos con Serena Llorens, que es sobrina de la autora e hija de un subsecretario del ministerio, y estudiante de arte dramático. Es una pequeña concesión que he tenido que hacer, pero que nos concede un gran beneficio político de cara a las subvenciones. El último papel masculino es para Goyo Torres, un reputado actor de teatro en su comunidad autónoma.

PEDRO. ¡Un actor de verdad! ¡Qué gran lujo para la obra! No sé cómo agradecértelo.

MARIO. En realidad está entre los elegidos porque es el amante del programador que controla la Red de Teatros. Con él en el reparto nos garantizamos más de cuarenta bolos en su tierra en unas condiciones cojonudas.

PEDRO. Y para completar el sublime reparto entraría Patricia.

MARIO. Exacto.

PEDRO. ¿En qué calidad lo haría: como ex-amante del productor, como novia del director o simplemente como profesional?

MARIO. Ese es un golpe bajo.

PEDRO. ¿Tú crees?

MARIO. Nuestra relación con Patricia no hay que mezclarla en un asunto de trabajo.

PEDRO. Y, sin embargo, tú pretendes humillarla al ofrecerle el peor papel, acompañada de una banda de mediocres que no serían dignos de hacer de figurantes en una obra que ella interpretara.

MARIO. No te hagas el valedor de tu mujercita, no

te va. Yo la conozco tan bien o mejor que tú y no es ninguna princesa. El día menos pensado te hará lo mismo que a mí. Es ley de vida.

PEDRO. Puede que no.

MARIO. Su concepto de fidelidad es muy volátil. Siempre está interpretando, da igual que esté encima de un escenario que en el dormitorio.

PEDRO. Comprendo que estés celoso.

MARIO. Hace mucho tiempo que dejé de sentir celos, desde el mismo día en que me di cuenta de que las mujeres son un artículo de lujo.

PEDRO. Interesante deducción.

MARIO. Si tienes mucho dinero puedes disponer de las mejores, y sin ningún compromiso de boda ni aguantar a su familia. No veo la ventaja de tener que soportar siempre a la misma.

PEDRO. Sin embargo, a mí me importa Patricia.

MARIO. Todos cometemos errores que luego pagamos muy caros.

PEDRO. Y no pienso consentir que soporte el ultraje de verse rebajada a realizar un papel de relleno.

Suena el móvil de Mario.

MARIO. Perdona, es el prota. (Contesta.) Hola Jaíro, ¿qué tal va todo?... Sí, la recuerdo perfectamente... Sí claro, todo eso ya me lo contaste... Verás, no se trata de un tema tan fácil de resolver, hay que hacer bastantes ajustes... Claro que haré todo lo que pueda, es mi trabajo... Por supuesto que deseo que estrenes la obra... Déjalo en mis manos, creo que podré solucionarlo. Te llamaré esta noche para contarte cómo queda todo. (Apaga el teléfono.) Lamento la interrupción, pero contar con esta gente conlleva ciertas incomodidades.

PEDRO. A bajarse los pantalones se le llama incomodidad.

MARIO. Mira chico, me da igual cómo se le llame, pero te juro que yo tengo muy claro lo que quiero, y cuando cierre esta producción, sé que voy a tener cerca de un millón de euros limpios en el bolsillo, y voy a ser alguien muy importante en los ambientes teatrales, cinematográficos y televisivos, por incómodo que sea el

camino.

PEDRO. Es reconfortante hablar con alguien que tiene las ideas tan claras. Eso permite que la labor de creación sea mucho más fácil y la pueda hacer sin ningún tipo de intromisión.

MARIO. Déjate de rollos.

PEDRO. El casting que has hecho para la obra me encanta... Supongo que eso es lo que hay que decir para que todo funcione como debe.

MARIO. Más o menos, aunque tenemos que hacer un cambio en el reparto.

PEDRO. ¿Tan pronto?

MARIO. La llamada de Jaíro me ha hecho reflexionar, y creo que tienes razón. No es lo habitual, pero tengo que dártela por esta vez.

PEDRO. No sé por qué, pero sospecho que no me va a gustar.

MARIO. Estoy de acuerdo contigo en que darle ese papel a Patricia supone rebajarla y sería humillante para ella.

PEDRO. Vaya, no esperaba esas palabras de ti.

MARIO. Así que lo mejor para todos es que quede fuera del reparto. Ella es una idealista que tiene que seguir haciendo esas obras de contenido social en pequeñas salas a las que no acude ni dios.

PEDRO. Te juro que me sorprendes. Creía que podrías convertirte en un hijo de puta, pero no imaginaba que fueras tan rastrero.

MARIO. Gracias, trabajo me ha costado conseguirlo, porque ese es el mayor piropo que se le puede hacer a un productor. Cuando se comienza una producción todo el empeño hay que ponerlo en conseguir lo mejor con el mínimo desgaste, y pasando por encima de quien haya que pasar.

PEDRO. Y eso me incluye a mí.

MARIO. No Pedro, tú no estás incluido porque viajas conmigo de la mano. Tienes ese privilegio. En esta ocasión no eres el aplastado, sino el que pisas, y te aseguro que hay una diferencia enorme.

PEDRO. Y esperas que vaya tan tranquilo a darle una patada a Patricia.

MARIO. No es necesario, aunque no sería mala idea. Puedes contarle la verdad o planteárselo desde un punto de vista romántico, que parece ser que te gusta mucho. Aunque te aseguro que muchas veces no consigo diferenciar la imbecilidad del romanticismo.

PEDRO. Se nota que eres productor.

MARIO. Cierto, y por eso me sobra esa palabra.

PEDRO. Y todas las que tengan que ver con lealtad.

MARIO. Sí, bueno, todo lo que quieras. Ahora es el momento de insultarme, y hasta me puedes pegar si eso te hace feliz, porque luego hay que ponerse a trabajar.

PEDRO. Lo haría con ganas, pero creo que no solucionarí nada.

MARIO. Desde luego que no. Es mejor utilizar el coco que la violencia... A tu media naranja le puedes decir: cariño por una vez me voy a aprovechar del sistema para hacer una obra que odio con el fin de llevármelo crudo, y con la pasta que gane podremos

hacer esos montajes de obras dignísimas para complacer a los cuatro que van a ver teatro de verdad. He pensado que lo mejor es que tú no participes para que tu alma de artista comprometida permanezca pura. Eso le halagará y le hará sentirse por encima de ti, que al fin y al cabo es lo que persiguen todas las mujeres, tenernos sujetas por los huevos.

PEDRO. Por favor, no sigas o perderé la capacidad para contenerme.

MARIO. No necesito que me escuches ni que aceptes mis sabios consejos. Me conformo con que dirijas los ensayos de esa obra hasta el estreno y después olvídate de ella para siempre si lo deseas.

PEDRO. ¿Y no te has planteado dirigirla tú, puesto que todo lo controlas? No te sería más difícil que arrastrarte por el despacho de un programador para conseguir treinta bolos. Supongo que debes de considerar a los directores tan inútiles como el resto de la gente.

MARIO. Cierto, y no pienses que lo hago por lealtad hacia ti o porque te ame. No he pensado en meterte en mi cama por ahora.

PEDRO. Es un alivio.

MARIO. Te lo digo claramente, necesito a un director porque odio leer una obra. Me molesta pensar en distribuir a los actores por el escenario, decirles lo que tienen que hacer y repetirlo infinidad de veces; pero, sinceramente, no encuentro grandes diferencias entre un director de teatro y un guardia de circulación, los dos tienen que dirigir el tráfico para que no se produzcan accidentes.

PEDRO. Resulta halagador saber que tienes una opinión tan alta sobre mí.

MARIO. A ti te conozco y te aguanto, mientras el resto de los directores me parecen unos pedantes insoportables con su afán de creerse artistas. En este mundo del puto teatro sobran demasiados genios.

PEDRO. Y el día menos pensado encontraras a otro guardia de tráfico que sea más dócil que yo, y te desharás de mí con los mismos trucos infames que te sirven para librarte de los actores que se creían tus amigos.

MARIO. La amistad y el dinero nunca han conju-

gado, y uno siempre ha de tener muy claro hacia donde guarda lealtad. Es posible que aparezca ese tipo, también podría aparecer otro productor que te embaucase con sus proyectos, pero los dos nos hemos acostado con la misma mujer y seguimos fieles.

PEDRO. ¿A qué somos fieles?

MARIO. ¿Y eso qué importa?

PEDRO. Si por un casual accediera a que Patricia quedara fuera del montaje, ¿quién la sustituiría?

MARIO. Tengo a la actriz ideal.

PEDRO. Lo suponía.

MARIO. Se trata de Berta Ríó, la sobrina de Jaíro. Está como un tren, un bomboncito, te gustará.

PEDRO. Y supongo que aportara algo muy importante a la obra, aparte de su volumen de carne fresca.

MARIO. Por supuesto, por un lado le estamos haciendo un gran favor a Jaíro que repercutirá en sus honorarios. En segundo lugar, esa chica se está abriendo un hueco importante en el mercado de famosos. Esta semana sale una exclusiva anunciando su rela-

ción con un importante torero.

PEDRO. Unas credenciales muy importantes, ya veo que ha estudiado en las mejores academias de teatro.

MARIO. Te bastará estar una tarde con ella para cuestionarte tu relación con Patricia. Es una caribeña de veinte años con unas medidas perfectas, que mueve su cuerpo con un ritmo seductor y que no tiene ambiciones intelectuales. La mujer perfecta para disfrutar durante una temporada.

PEDRO. ¿También has previsto que tenga una aventura conmigo?

MARIO. No, serás tú el que quieras tenerla con ella, y supongo que dentro de tres o cuatro semanas anunciará la exclusiva de la ruptura con el torero. Quizás entonces se pueda anunciar el idilio de la nueva actriz con todo un director de teatro. Creo que os sentaría bien a los dos.

PEDRO. Entre tus cualidades no suponía la de celestino.

MARIO. Uno nunca sabe lo que guarda dentro.

PEDRO. Te aseguro que estás muy equivocado. Yo no me juego mi relación con Patricia a cambio de pasar unas noches con una aspirante a putilla famosa, por muy impresionante que esté.

MARIO. Admirable y conmovedor. Es fantástico que sigan quedando hombres íntegros.

PEDRO. Quieres dejar de decir estupideces.

MARIO. Supongo que pensarás que Patricia es fiel a su amorcito, y no te culpo porque yo también lo llegué a pensar durante algún tiempo. Justo cuando me la estaba pegando contigo.

PEDRO. Si mal no recuerdo, antes de que eso se produjera tú ya habías tenido otras aventuras.

MARIO. No lo niego, pero nunca con su mejor amiga.

PEDRO. Creo que hablar de aquello está de más en este momento. Vuestra historia se cerró hace bastante tiempo y yo amo a Patricia.

MARIO. Entonces puedes estar muy tranquilo, tu relación con Berta Río será estrictamente profesio-

nal. Toda una garantía para el buen funcionamiento de la obra.

PEDRO. Todo esto me parece asqueroso.

MARIO. Y muy rentable. Por ahora no te interrumpo más, tendrás muchas cosas que organizar relacionado con el montaje y los ensayos, y a mí me queda un duro trabajo en los despachos para llegar al estreno en unas condiciones muy ventajosas para nosotros.

PEDRO. Dirás para ti.

MARIO. Para nosotros, Pedro, aunque lo odies tú eres coproductor de esta sociedad.

PEDRO. Un diez por ciento de productor.

MARIO. Eso es mucho más dinero que el que has visto junto en todos los años que llevas haciendo eso que se llama puto teatro.

Mario se marcha. Pedro coge su móvil y marca un número.

MARIO. ¡Hola cariño!... Quería invitarte a comer... Sí, tengo que comentarte algo... No, no dejo la obra,

no me gusta abandonar un proyecto a medias, siempre soy consecuente con las decisiones que tomo, aunque me equivoque... Ya sé que puede resultar humillante, pero también se puede tomar desde un punto de vista más positivo. Quizás este trabajo rastrero pueda ser la fuente de financiación que necesitamos para montar Locos de amor con las suficientes garantías... Precisamente quería hablarte de tu personaje durante la comida... Paso a recogerte y te cuento lo que he pensado. (Apaga el móvil, sale y se apaga la luz.)

## CUARTA ESCENA

Entra Mario. Va hablando por teléfono.

MARIO. La rueda de prensa quiero que sea el viernes a mediodía... Sí claro, estarán las estrellas, Lucía, Jaíro y Álvaro me lo han prometido y puede que incluyamos a alguien más del elenco... No, con Pedro no cuentas, ya sabes cómo es él de seco para estos actos sociales con la prensa... A veces sus comentarios pueden ser malinterpretados y perjudicarnos a todos. Yo contestaré a todo lo relacionado con el montaje y el plan de gira... (Entra Pedro mientras está hablando y lo mira en silencio.) La autora prefiero que no esté. Es mejor que se cree expectación. Su dimisión todavía está muy cercana y no me gustaría que la presentación derivase hacia cuestiones políticas, o se pensara que hemos montado la obra por oportunismo social, sin tener en cuenta la gran calidad del texto. A ella es mejor utilizarla para otros ámbitos, como los despachos donde se mueve el dinero y las influencias... Sí, ya se puede publicar algún artículo que hable del gran trabajo que se está realizando en los ensayos y del alto grado de profesionalidad y entusiasmo con el que todos se enfrentan a este proyecto que va a revolu-

cionar la cartelera teatral... No, no es bueno que los reporteros vayan a grabar durante los ensayos. Eso distraería mucho a los actores... De acuerdo, luego me cuentas cómo va todo. (Apaga el móvil.)

PEDRO. No entiendo por qué no has llenado el teatro de cámaras para que puedan emitir en directo mientras ensayamos. Sería apasionante que todo el país pudiera verlo.

MARIO. Porque no soy estúpido.

PEDRO. Así el público podría descubrir la tremenda profesionalidad de esos impostores que piensan que el teatro es una burda pasarela destinada a mostrar sus cuerpos de silicona, y hasta es posible que el público se sorprendiera al descubrir que cualquier niño de cuatro años aprende mejor el texto y tiene un mayor sentido para la utilización del escenario.

MARIO. El día en que los niños de cuatro años salgan durante media hora todos los días en la televisión produciré una obra infantil y se estrenará en la Gran Vía o en Broadway.

PEDRO. (Abatido.) Es imposible, yo no puedo

trabajar con esta gente. Supera mis fuerzas. Creo que voy a abandonar un proyecto por primera vez en la vida.

MARIO. Vamos, no será tan grave.

PEDRO. Preferiría adiestrar gorilas para que caminaran sobre un alambre y recitaran a Lorca al mismo tiempo. Seguro que tendrían más disciplina y no se olvidarían de las instrucciones que les diera porque su capacidad de aprender es superior.

MARIO. A esos muchachos solo les falta un poco de experiencia en el medio.

PEDRO. Y mucho de inteligencia.

MARIO. En la sociedad actual eso no es una virtud. En el teatro de antaño supuestamente sobraba inteligencia, estaba lleno de intelectuales y les amparaba la sabiduría de los fracasados. Todos sabían cómo arreglar el mundo, y ahí los tienes, miserables y olvidados. En la sociedad global hace falta ser vivo y arriarse al árbol adecuado en cada momento para comer el fruto que ofrece, y estos chicos no deben ser tan estúpidos como dices porque han sabido aprovecharse de sus escasas cualidades para hacerse un lu-

gar en el estrellato.

PEDRO. Desde luego que se estrellaran.

MARIO. Claro que lo harán, nadie lo duda. Dentro de pocos años no quedará ni rastro de ellos, y estarán mendigando una oportunidad porque habrá otros que estarán ocupando su lugar en el pedestal de la fama. Es ley de vida, la selección natural de Darwin.

PEDRO. Por una vez estamos de acuerdo.

MARIO. Pero eso a nosotros no nos importa porque para entonces ya habremos recuperado todo lo invertido, y con grandes intereses. La vida es el presente, y ahora se les permiten todos los caprichos porque generan mucho dinero para los que sepan recogerlo a manos llenas.

PEDRO. Y ese es nuestro lugar, hacer de exprimidores de fruta fresca para que su jugo se agote cuanto antes y haya que tirarlos a la basura para hacer hueco a la nueva cosecha.

MARIO. En esto prefiero expresarme en términos menos agrícolas, suena a primitivo. Digamos que los famosos son como las mariposas, empiezan como sim-

ples gusanos, lucen durante tres días y mueren enseñada para que siga el proceso, mientras los criadores de gusanos nos forramos. Aunque en términos de marketing se habla de análisis de mercado y estudios de audiencia.

PEDRO. Llámalo cómo quieras, pero solo hay mierda.

MARIO. Nunca hubiera pensado que te preocupara el futuro de esos chicos.

PEDRO. Te aseguro que es lo que menos me quita el sueño, pero me indigna perder el tiempo en algo que detesto. Yo no he nacido para ser profesor, no valgo para las escuelas.

MARIO. Te menosprecias.

PEDRO. Yo trabajo con actores preparados que conocen muy bien su oficio y a los que no tengo que explicarles el abecedario en cada momento.

MARIO. Es bueno cambiar de método de vez en cuando.

PEDRO. Antes de subirse a un escenario deberían

pasar unas pruebas para ver si los admitían en una escuela. Y después de varios años de aprendizaje, puede que alguno de ellos estuviera capacitado para sujetar una lanza durante una representación, siempre que no tuviera que decir texto.

MARIO. Ya sé que en esas escuelas enseñan el método de ese tipejo ruso, Stanislavsky, y del otro. ¿Cómo se llama el otro individuo del este que se supone que inventó el teatro moderno?

PEDRO. Supongo que hablas de Grotowsky, pero creo que no serviría explicarte lo que aportó al teatro.

MARIO. Sí, imagino que algo raro haría para que lo recuerden los estudiosos. Lo que no sabía era que tú habías desarrollado un nuevo método de enseñanza, que por lo visto es muy eficaz. Supongo que se le podría bautizar como el método Caminsky.

PEDRO. No sé adónde quieres llegar, pero imagino que no me va a gustar.

MARIO. Yo pienso que se trata de un método muy hermoso, aunque supongo que no es nuevo y te llevé bastante tiempo desarrollarlo. Tal vez empezaste a

practicarlo con Patricia.

PEDRO. (Muy tenso.) Mide mucho tus palabras que no estoy para bromas.

MARIO. No te alteres, creo que deberías estar orgulloso con los resultados obtenidos. A Patricia la convertiste en una gran actriz, aunque poco conocida, y debes reconocer que contaba con experiencia previa en el medio. Ahora me pregunto si ese método obrará prodigios y servirá para convertir a Berta Río en una gran actriz.

PEDRO. No me gusta lo que estás insinuando.

MARIO. No se trata de insinuaciones, te aseguro que no. Las fotos que he visto de tu cena con Berta hablan por sí solas. Y no se parecía en nada a una cena de trabajo, aunque debiste trabajártela muy bien porque habla maravillas de ti en la exclusiva que va a salir publicada la semana que viene.

PEDRO. ¡Hijo de puta!

MARIO. Eso ya me lo dijiste una vez y no necesito que me repitan constantemente los elogios.

PEDRO. ¡Tú lo habías organizado todo para tenerme cogido por los huevos!

MARIO. Te puedo asegurar que no he sido yo el que ha puesto su mano en semejante parte, y quien la puso no se encontró con ninguna queja, es más, recibió proposiciones para hacerlo más a menudo. Si no me equivoco, se han producido más clases particulares, por lo que deduzco que su mejoría como actriz será notable.

Pedro se mueve de un lado para otro, incapaz de responder.

PEDRO. Supongo que ahora estarás feliz, y muy interesado en saber la reacción que provocará en Patricia cuando se entere.

MARIO. Sé que no me vas a creer, y no te culpo, pero las reacciones personales en este momento me interesan muy poco. Solo aquellas que pueden aportar algo para que nuestro objetivo se cumpla de la mejor manera y con el menor número de contratiempos.

PEDRO. No te creo.

MARIO. Quedan dos semanas para el estreno, eso

sí me preocupa. El que pasaras unos buenos ratos con Berta es cosa tuya. A todos nos gusta comer dulces de vez en cuando... En cuanto a lo que pueda pasar con Patricia, me da igual. Los dos sois mayores de edad y muy responsables de vuestros actos.

PEDRO. Mientes.

MARIO. Te prometo que yo no pienso utilizar la información que tengo para hacer daño, aunque sí para que no me lo hagan. Entonces soy implacable... Es humano cometer deslices, y entre los que se aman tanto todo se perdona. Seguro que Patricia se muestra comprensiva.

PEDRO. Te juro que no sé a qué estás jugando.

MARIO. Ya te dije que no se trata de ningún juego, lo que es bueno para mí también lo será para ti. Y que yo sepa, meterse en la cama con Berta no es la peor de las torturas.

PEDRO. No, eso no lo ha sido, pero lo demás se ha convertido en una pesadilla.

MARIO. Entonces haz los deberes con rapidez para terminar pronto con la tarea, y serás libre.

PEDRO. Es muy fácil decirlo.

MARIO. Y hacerlo... Por cierto, antes de que sigas con los ensayos quería pedirte un pequeño cambio en el desarrollo de la obra.

PEDRO. Creo que ya nada la puede hacer peor de lo que es.

MARIO. Tú optimismo me anima.

PEDRO. ¿Qué quieres hacer esta vez?

MARIO. Se trata de algo muy sencillo. Tienes que incluir cuatro canciones de Lucía para que las interprete durante la representación.

PEDRO. ¿Me estás pidiendo que convierta la obra en un musical?

MARIO. Para nada, seguirá manteniendo la misma estructura dramática. Se trata de una canción al comienzo y una al final de cada acto coincidiendo con el cambio de escena.

PEDRO. Eso es demencial.

MARIO. Digamos que innovador. Además, la letra

de las canciones le va muy bien a la historia, y no veas el puntazo que será para la promoción. Sería absurdo no aprovechar las cualidades de esa chica. Ya puedo ver la banda sonora editada, número uno en ventas, y de todo sacaremos nuestra correspondiente comisión, limpia de polvo y paja.

PEDRO. ¿Sabes lo que pienso?

MARIO. Dímelo, aunque no me importa demasiado.

PEDRO. Te juro que ya me da igual. Puedes hacer lo que te salga de los cojones si la autora te lo permite.

MARIO. Ella es política y, como todos sabemos, su fin es obtener la máxima ventaja con el mínimo desgaste. La obra le dará mucho dinero y popularidad. Eso son votos, miles de votos y el regreso por la puerta grande. De hecho, firmará como coautora de las canciones.

PEDRO. Tengo la impresión de que todos tenéis muy claro lo que queréis y vais a conseguir con este engendro, mientras yo cada día que pasa me siento más perdido.

MARIO. No te hagas la víctima inocente, no te va.

Tú no eres mejor que el resto. En el fondo eres tan corrupto como los demás, pero te empeñas en ocultarlo tras una máscara de inocencia e integridad. Supongo que cuando te tiraste a Berta sabías muy bien lo que hacías, como cuando lo hiciste con Patricia.

PEDRO. A Patricia la quiero.

MARIO. Claro, y yo a las subvenciones, pero no le hago ascos al dinero que me llega por otros cauces menos transparentes.

PEDRO. Confío en que esto termine algún día.

MARIO. Y yo que empiece, porque el final de tu trabajo supone el inicio del negocio. Entonces solo hay que abrir los bolsillos para ir llenando, y te recuerdo que los tuyos serán de los más llenos. Así que deberías estar trabajando con tus chicos.

PEDRO. A cualquier cosa se le llama trabajo... En fin, voy a seguir con esa jauría a ver si al menos no tengo que suicidarme el día del estreno.

MARIO. Eso también ayudaría a vender, pero sería malo para tu salud. Yo que tú me preocuparía de insertar de la mejor manera posible las cuatro cancio-

nes de Lucía. Ella te dará la maqueta para que las conozcas bien y elijas el momento preciso.

PEDRO. La ilusión de mi vida. Siempre he querido hacer Hamlet incluyendo canciones de Enrique Iglesias.

MARIO. No es una mala mezcla, quizás para un próximo montaje. Ahora tengo que marcharme porque tengo dos entrevistas y una comida de trabajo con un alto cargo que maneja mucho dinero e influencia en la corte.

PEDRO. Me emocionas.

MARIO. Dime en confianza, ¿en verdad Berta es tan ardiente en la cama, más que Patricia?

PEDRO. ¡Vete a tomar por culo!

MARIO. ¡Qué bonito es el amor!

Mario se marcha. Pedro saca el móvil y marca.

PEDRO. Hola, quisiera encargarme un ramo de rosas rojas... Tienen que mandarlo a nombre de Patricia Sánchez a la siguiente dirección...

La luz se apaga lentamente.

## QUINTA ESCENA

Entran los dos. Mario parece acelerado.

PEDRO. ¿Por qué tanta prisa? No puedo dejar el ensayo a medias si quieres que lleguemos a tiempo.

MARIO. Deben estar a punto de llamar.

PEDRO. ¿Quién?

MARIO. De la radio. Alberto Marugán, el presentador del magazine más importante de la mañana, quiere charlar contigo en directo para que le hables de la obra, de los ensayos y de la relación entre todos los que estamos metidos en esta maravillosa aventura.

PEDRO. No creo que sea el momento de hablar.

MARIO. Cuando te van a escuchar más de tres millones de oyentes, el momento siempre es el ideal. Entre esa gente están los potenciales espectadores de la obra, los que sí pasan por taquilla.

PEDRO. ¿Y qué tengo que contarle, la verdad?

MARIO. La verdad es un concepto muy ambiguo, cada uno tenemos la nuestra. En este caso tienes que

contar la verdad que quieren escuchar, la que despierte el interés de los oyentes, demuestre la profesionalidad de los actores y aumente la recaudación. Esa es la verdad que a todos nos interesa.

PEDRO. Toda una sarta de mentiras.

MARIO. Esa es una disposición muy negativa. Tienes que mostrar más alegría si quieres llegar a viejo. Quitarle trascendencia a todo lo que pasa. Disfrutar de cada momento.

PEDRO. Es lo que estoy haciendo, ¿acaso no se me nota?

Suena el teléfono.

MARIO. Son ellos. Contesta tú. Yo escucharé por la radio, y recuerda lo contento que estás.

Le entrega el teléfono. Pedro contesta mientras Mario enciende un pequeño transistor.

PEDRO. Sí... Soy yo...

Se escucha la conversación a través de la radio.

LOCUTOR. En este momento tenemos al otro lado

del teléfono a uno de los más prestigiosos directores de teatro de la escena nacional, que se enfrenta a uno de los mayores retos de su dilatada carrera profesional: el estreno de *El quinto poder*, la reciente obra de la ex-ministra Mercedes Galván. Estamos con Pedro Abad. Buenos días.

PEDRO. Buenos días.

LOCUTOR. En primer lugar quiero pedirte perdón por la intromisión, porque me parece que te hemos llamado mientras estabais ensayando.

PEDRO. No tiene importancia, esto forma parte de la profesión, y, por fortuna, todo funciona de acuerdo a los planes previstos.

LOCUTOR. Tú llevas muchos años trabajando con actores de teatro, con gente que tiene sobrada experiencia encima del escenario. ¿Qué ha supuesto para ti enfrentarte al reto de dirigir a un grupo tan heterogéneo de artistas, donde se mezclan famosos con cantantes y actores de televisión, y todos ellos sin experiencia teatral?

PEDRO. Reconozco que a priori se trataba de un

reto complicado de asumir y me creó algunas dudas. Pero en el teatro siempre ha existido el riesgo, y yo parto de la premisa del máximo respeto a todo el que se sube a un escenario. No hago distinciones entre los que lo hacen por primera vez y los que llevan veinte años en la profesión. Todos tenemos un objetivo único, la calidad final del espectáculo. Y en este caso estoy muy orgulloso del equipo que se ha formado.

LOCUTOR. Supongo que la gente se preguntará si has tenido problemas para evitar que surjan celos entre los actores, porque no es habitual que haya tantos famosos en un mismo reparto y estos siempre están rodeados de periodistas.

PEDRO. Es lógica esa pregunta, porque todos pensamos que el ego de los famosos suele estar muy inflado y son muy caprichosos en su comportamiento. Pero en este caso me ha sorprendido la gran humildad con que todos han asumido su compromiso con el teatro poniéndose al servicio de la historia. Está siendo una experiencia muy enriquecedora.

Mientras habla, Mario le hace gestos de aprobación.

LOCUTOR. Háblanos de la obra, porque la autora tampoco procede del medio teatral. No es normal que una política, que ha sido muy cuestionada por su gestión, se convierta de la noche al día en dramaturga.

PEDRO. Sí, reconozco que se trata de un caso peculiar. Por desgracia, nos hemos acostumbrado a las deficiencias culturales de muchos de los políticos, como si eso se tratara de una virtud en un gestor. Y supongo que no faltarán los suspicaces que piensen que hemos asumido el reto de montarla por mero oportunismo. Yo soy un hombre de teatro y desconozco cómo funciona la política y la manera de sacar beneficio de ella...

MARIO. (Aparte.) Yo sí lo sé.

PEDRO. Este texto cayó casualmente en mis manos, sin conocer a la autora, y desde el principio quedé sorprendido por la fuerza que transmitía. Si el texto lo hubiera escrito un desconocido también hubiera luchado por estrenarla.

LOCUTOR. ¿Cómo ha sido la relación mantenida con Mercedes durante el proceso de montaje? ¿Es tan estricta como lo fue de ministra?

PEDRO. Para ella se trata de un medio nuevo en el que le queda mucho por conocer, y por fortuna lo tiene asumido. Mercedes se ha mostrado muy colaboradora. No es normal que un autor esté dispuesto a hacer tantas concesiones para el buen fin del espectáculo, aunque, bien es cierto, siempre hemos respetado el espíritu de la historia.

LOCUTOR. Hablemos de esas concesiones. Nos consta que en el texto no se planteaba la posibilidad de que la protagonista cantara varias canciones. ¿Se ha hecho esto para aprovechar el gran tirón popular de Lucía Ribó?

PEDRO. Digamos que se trató de una decisión consensuada, como dirían los políticos. El espectáculo exigía de una serie de transiciones temporales que podrían provocar tiempos muertos, y eso es imperdonable en el teatro. Al principio pensamos rellenarlos con música, pero luego nos dimos cuenta de las posibilidades que se nos abrían al contar con una gran cantante. Es preciso aclarar que las canciones se concibieron especialmente para el espectáculo, como si se tratara de una banda sonora.

LOCUTOR. Entonces, ¿estamos equivocados si pensamos que puede haberse convertido en un musical?

PEDRO. Eso está fuera de toda duda. Se trata de una historia dramática de gran contenido social que se ha reforzado con unas canciones que inciden en el tema.

LOCUTOR. Ya no queremos robarte más tiempo. Solo nos queda desear que la obra sea un rotundo éxito y aconsejar a nuestros oyentes que se acerquen a verla.

PEDRO. Muchas gracias. (Apaga el teléfono.)

MARIO. ¡Cojonudo, tío! Has hecho una interpretación memorable, para ganar un Max. Estoy realmente orgulloso y te lo sabré recompensar.

PEDRO. Me conformo con que no me hagas hacer más veces el ridículo diciendo tal sarta de mentiras. Aunque no lo creas, a mí me jode estar poniendo el culo continuamente.

MARIO. Hay gente que lo considera muy grato.

PEDRO. Yo no. Si quieres seguir contando patrañas sobre lo maravilloso que está siendo el desarrollo de la obra, hazlo sin contar conmigo, como lo has hecho para todo lo demás, incluida la maravillosa escenografía que nos has preparado, tan lujosa como inútil.

MARIO. Tú aprobaste los planos que te presenté.

PEDRO. ¿Me estás diciendo que la escenografía que se está montando en el teatro y lo que vi dibujado en los planos es lo mismo?

MARIO. Sabes muy bien que siempre es necesario hacer algunos ajustes.

PEDRO. Por supuesto, y uno confía en que el resultado final guarde un remoto parecido con lo que se pensó al principio.

MARIO. A mí me parece muy bonita.

PEDRO. Preciosa. Un monumento a la horteridad.

MARIO. Justo lo que quería.

PEDRO. Bien pensado, supongo que hace justicia al resto del montaje.

MARIO. Cambiando de tema, ¿has traído las fotos que te pedí para el dossier de prensa?

PEDRO. Se me han olvidado.

MARIO. Si quieres puedo incluir alguna de las que salieron en la exclusiva. Estás muy atractivo.

PEDRO. Sí, puedes ponerlas si incluyes las que te hicieron cuando te encerraron por conducir borracho a las cinco de la mañana en compañía de una menor.

MARIO. Muy suspicaz te veo, y bastante agresivo. ¿Tiene algo que ver con la reacción de Patricia cuando ha visto la revista?

PEDRO. No tiene nada que ver. Ella es bastante más adulta que tú y que yo, y sabe muy bien que de lo que se hace a lo que se publica en ciertas revistas hay una gran diferencia.

MARIO. Una mujer muy comprensiva con las debilidades de su amado. Verdaderamente conmovedor.

PEDRO. Si no tienes nada más para hacerme chantaje, me marchó. Seis individuos impresentables me esperan con los brazos abiertos.

MARIO. Te acompaño, tengo que hablar con Lucía sobre unos temas relacionados con la discográfica.

Salen los dos.

## SEXTA ESCENA

Entra Mario, lleva un aspecto impecable. Se ajusta el pelo y la chaqueta. Saca el teléfono.

MARIO. Manuel, quiero comprobar que todo funciona bien... Los ministros irán a la fila tres, también los presidentes de las comunidades autónomas que han confirmado su presencia, aunque al otro lado del pasillo para que no se peguen... Los subsecretarios y demás personalidades a partir de la fila cuatro. Las dos primeras filas las dejamos para los invitados de los actores, y para algunos famosos que se presenten sin avisar... La autora también la colocas en la fila cuatro, a prudente distancia de los ministros para no mezclar temas... Sí, al final saldrá a saludar con el director y los actores... Los críticos atrás, en cuanto a los que van a hacer buenas críticas procura que estén cómodos... De los otros nos da igual donde estén porque nos van a poner a parir de todas formas... ¿Estará todo preparado para la fiesta?... Bien, nos veremos una hora antes en el teatro para ultimar todo. (Apaga y revisa su agenda.)

Entra Pedro, parece abatido.

MARIO. Por fin llegó el gran día. A partir de mañana podrás dormir tranquilo y tomarte unas largas vacaciones.

PEDRO. Supongo que sí.

MARIO. No pareces entusiasmado.

PEDRO. No, no lo estoy.

MARIO. Se te pasará cuando llegue la hora. Son los típicos nervios del estreno, el desear que todo esté bajo control y que la representación salga perfectamente. Lo comprendo, es muy importante para ti que la obra funcione después de tan duro trabajo.

PEDRO. Te aseguro que no se me pasará el mal estar, y no es por la obra. Me importa un carajo el estreno y todo lo que le rodea.

MARIO. Eso muy bien, que no haya nervios. Significa que todo va como la seda. Mucha mierda se dice en el argot de los teatreros.

PEDRO. En este caso la hay de sobra, demasiada mierda, infinita mierda.

MARIO. Tu sentido del humor tan cáustico siem-

pre me sorprende.

PEDRO. Mi humor se ha perdido, puede que para siempre, y lo que me pasa no tiene nada que ver con el maldito estreno.

MARIO. ¿No? ¿Qué pasa entonces? Dímelo por si te puedo ayudar. Para eso estamos los amigos.

PEDRO. Amigos, que palabra tan rara. En otro tiempo pensé que tenía significado porque creía que tenía unos pocos.

MARIO. Chico, juro que no te entiendo, y no disponemos de todo el día para filosofar. Faltan menos de dos horas para el gran momento y me tienes en ascuas.

PEDRO. No pasa nada que no sea bueno para ti. Se trata de que Patricia me ha dejado. Se ha marchado esta mañana de casa.

MARIO. ¿De verás?

PEDRO. Me ha dejado plantado y no quiere saber nada de mí. Estarás feliz.

MARIO. Qué oportuna, y no podía haber elegido

otro día mejor. Las mujeres solo piensan en fastidiar.

PEDRO. ¿Pero no te das cuenta de lo que estoy pasando?

MARIO. Exactamente lo mismo que pasé yo. No tienes por qué preocuparte, se te pasará pronto. Esos males no son perennes, aunque admito que al principio joden mucho.

PEDRO. Yo la quería y ella se ha largado con Roberto, con mi propio amigo.

MARIO. ¡Vaya! Eso me suena a algo conocido. La historia se repite.

PEDRO. Estoy destrozado.

MARIO. Seguro que no se trata de algo nuevo. Apuesto a que venía de hace mucho tiempo.

PEDRO. ¿Acaso importa?

MARIO. Te la estaba pegando sin que te dieras cuenta antes de lo de Berta, y ahora ella queda como una pobre víctima agraviada por su hombrecito infiel. Siempre les sale bien a esas impostoras.

PEDRO. No te consiento que la insultes.

MARIO. No es un insulto. La gente del teatro es promiscua por naturaleza. Para una cualidad que tienen habrá que alabársela, aunque jode mucho cuando te toca hacer el papel de cornudo sin que figure en el texto. Pienso que no te conviene relacionarte con esa gentuza.

PEDRO. Es mi gente.

MARIO. Lo era, puede que hasta hace muy poco tiempo, pero tu mundo ha cambiado.

PEDRO. Ya no sé dónde me encuentro.

MARIO. A muy poco del estreno que te hará famoso, y te situará en la élite.

PEDRO. Del puto estreno que ha jodido mi vida.

MARIO. Ya verás cómo después de pasar un par de noches ardientes con Berta te olvidas de Patricia. ¿Podrías hacer un viaje juntos para superar traumas?

PEDRO. La historia con Berta se acabó. Reñí con ella después de la exclusiva.

MARIO. ¡Caramba! Tendré que invitarla a cenar, debe estar muy sola.

PEDRO. Ya sé que disfrutas con mi dolor. Tu venganza se ha cumplido también conmigo.

MARIO. ¡Pero qué dices! Tu dolor es el mío y me importa mucho lo que te pase porque tengo grandes planes para nosotros. La semana que viene tenemos que hablar de proyectos muy interesantes, incluso relacionados con el cine.

PEDRO. Olvídalo.

MARIO. Tienes razón, no es el momento de pensar en eso. Mi amigo está pasando por un momento difícil y quiero ayudarte.

PEDRO. A clavarme la puntilla.

MARIO. No, a que te vuelvas razonable y te olvides de lo que te ha hecho daño. De hecho, me preocupa mucho verte con ese aspecto cuando tenemos que ponernos en marcha para el estreno. Deberías animarte.

PEDRO. ¡Que le den por culo al estreno! Estoy

hasta los cojones y no me importa lo que pase.

MARIO. ¿De verdad?

PEDRO. Sí, ya te he dicho que no quiero volver a saber nada de esa puta obra.

MARIO. ¡Muy bien dicho! (Lo abraza.) Bienvenido al mundo del puto teatro, ahora empiezas a comprender cómo funciona este tinglado.

Pedro se queda sorprendido.

MARIO. La obra está vendida, tiene cientos de representaciones firmadas para la gira. Están agotadas las entradas para las dos próximas semanas. El éxito es rotundo. ¿A quién le importa cómo salga la gente del teatro? Ellos vienen a ver a los famosos de la tele, a tenerlos cerca y a ocupar hora y media de su aburrida vida presumiendo de tener poder adquisitivo para que los vean en el teatro.

PEDRO. ¿De qué hablas?

MARIO. Los tiempos en que el teatro era una necesidad del pueblo, donde se planteaban conflictos sociales que trascendían a la política, han muerto. Eso

hay que celebrarlo, y esta noche la pasaremos a lo grande.

PEDRO. No me apetece celebrar nada, no tengo ningún motivo para ello.

MARIO. Vamos, eso lo dices ahora porque estás deprimido por culpa de una mujer que no te merecía. Muy pronto se te pasará porque con el éxito llegaran por docenas. Ahora tienes que ir a arreglarte para no llegar tarde al estreno.

PEDRO. No pienso ir al teatro. Ya te he dicho que no me importa lo que pase y no quiero ver la obra.

Los dos se quedan mirando en silencio.

MARIO. ¿Sabes qué te digo?

PEDRO. No, y me da igual.

MARIO. No sabes cómo te envidio. Es el privilegio que tenéis los artistas bohemios. Siempre hacéis lo que os sale de los cojones y todo el mundo os lo perdona. Ojalá y yo pudiera hacer lo mismo que tú. No sabes la suerte que tienes al poder guiarte sólo por los impulsos del arte, mientras yo tengo que apechugar

con compromisos que detesto.

PEDRO. Una inmensa fortuna.

MARIO. Un futuro espléndido se abre ante ti y encima eres un hombre libre, sin una mujer interesada que te ate.

PEDRO. Quieres dejarte de rollos. No tengo ningún interés en escucharte, sólo quiero coger una gran borrachera para olvidarme de todo.

MARIO. De acuerdo, ya te dejo. (Hace amago de marcharse y se vuelve.) Por cierto, si no quieres aburrirte durante la espera, te puedes entretener leyendo algunas de las críticas que saldrán publicadas mañana. (Saca unos papeles del bolsillo.)

PEDRO. ¿Qué críticas? Ningún crítico ha visto la obra.

MARIO. Tu inocencia me sorprende. Desde cuándo importa que vean las obras para opinar. Estas son realmente buenas, y en dos de ellas hablan excelentemente de tu trabajo, una dirección impecable comentan.

PEDRO. Que les den por culo.

MARIO. Eso mismo pienso yo. Por cierto, no bebas mucho durante la representación.

PEDRO. ¿Por qué no tendría que hacerlo?

MARIO. Para que después nos podamos emborrachar juntos en la gran fiesta.

PEDRO. ¿Con qué motivo?

MARIO. Para celebrar el éxito de haber cumplido con el objetivo marcado.

PEDRO. ¿Qué éxito?

MARIO. El mío, por supuesto.

Mario se marcha y Pedro se queda mirándolo sin poder reaccionar. La luz se apaga. Oscuro final.